

*Imágenes de brumas y de arenas*, de GRACIELA TORO.

Edit. Arancibia Hnos., 1962.

Un cuaderno cuya portada en azul y letras blancas, nos habla de lejanía y de un cielo inmutable. Es una voz insistente, vivaz, constreñida por el ceño quemante o glacial del desierto que rodea a Chuquicamata, en cuyo pueblo pena la poetisa. Esta mujer que un día vio a su alma caminar sobre la arena oscura o la costra mineral, sólo amparada por la comba del cielo impasible, escuchó sin duda en ese instante algo más que el murmullo de sus ansias y de sus sueños fundidos en el horno del desierto. La sangre hecha ternura, piedad y goce de sentirse respirar frente al espacio de la tierra infinita, mordida por los apetitos del hombre, ha vaciado estas gotas de poesía templada por el aire purificador y por la cósmica soledad que aprieta en la carne sus más secretos nudos. Me imagino a esta criatura hecha mujer escapándose de su envoltura material, lozana, para encontrarse, por milagro de soledad, reflejada en la llanura ondulante, con sus ojos alucinados y su conciencia de grumo, de arenisca.

Sus páginas contienen lo uno y lo otro, y aquello que se vació en la tiniebla. Todo podría valer por un floral signo de supervivencia que mañana habrá de transformarse en bosque, manantial y torrente, oasis para la voluntad y la esperanza, y alivio secreto para caminantes. Hay en el libro versos que nos acercan a Gabriela Mistral, quizás a Alfonsina Storni, a la poesía mística; son luces fugaces que la poetisa del desierto sabe absorber y ahogar en sus ansias caldeadas por la brasa norteña y el vapor de los metales. En otros poemas, ella persigue, decidida, el propio acento, con dolor y fiereza y parece feliz de la aventura. Se agita, perdida y anhelante en su jaula de luz y su empeño en romper los hilos candentes de esa prisión sin límites que es el desierto, le permite encontrar horizontes que ella hará suyos para continuar su vagancia. Lo demuestra en este poema: "Y de súbito aprendo a ser pupila, / para saber que existo inevitablemente, / codo a codo a mi blando esqueleto. / Sin luz, como un día sin límites, / que sacude en cada esquina / sus tediosos cabellos. / Dejar de ser iluminada para caer entre dos sollozos, / es mirar hacia adentro / la triste hora del corazón suicida". Es cabal, al decir: "Construyo el sueño, asomándome a mi sombra. / Mas, ¿quién coge mi agua destatada / en un lazo de luz, / la linfa angustiosamente huida?". Desde la ternura carnal se sumerge en los paisajes de verdor y frescura, creando su oasis en aquel mundo ardiente: "Oh... las viejas tardes que hoy, / tendidas sobre el musgo, / palidecen con olor a tiempo! / Entonces yo estaba vestida / con trémulos paisajes / y veía tu rostro / siempre gris de lluvia / horadándome el alma".

Desde el hospital en que trabaja nos envía su mensaje de soledad, afanes y ternura. "Tras las puertas herméticas / le está floreciendo el vientre / como una arcada de luces. / Y está sumergida en la noche / con un taladro en el dorso / y un pétalo sobre el pecho. / Y yo respiro con ella / y yo miro por ella / la espiga que se abre. / Afuera, el viento es otra cosa".

L. Y.